

habitantes de la ciudad. Los caballeros que en la banquetta no se hacían á un lado con presteza eran empujados á la calle; y las señoras que se aventuraban á salir eran insultadas con sus viles importunidades. Los oficiales del ejército imperial mexicano preferían ir en traje de paisano, puesto que los oficiales y soldados franceses no contestaban á su saludo.

Muy temprano por la mañana los innumerables balcones de México estaban llenos con señoras de negros ojos, el reboso puesto con coquetería sobre la cabeza y el hombro izquierdo. Yo estaba con mi esposa en el balcón del Hotel de Iturbide, en la calle de San Francisco: además de nosotros se hallaban allí el conde y la condesa de Seguíer y varias señoras de los oficiales franceses. Los franceses se pusieron en marcha á las nueve de la mañana; pasaron por la Alameda, calle de San Francisco, Plateros y Plaza de Armas, frente al Palacio Imperial, á salir por la garita de San Antonio: á su cabeza iba el Mariscal Bazaine, seguido de un brillante Estado Mayor; ni una palabra amistosa ni un solo adiós recibieron los odiados opresores: la jente les veía pasar en silencio, y las hermosas mujeres desde los balcones veían con risa de desprecio á los guapos oficiales que con coquetería se volvían á verlas. El Emperador no salió al balcón cuando pasaron, pero no podía menos de ver trás de la cortina á los soldados de su traidor aliado.

Cuando los soldados pasaron frente al Hotel las señoras francesas agitaban sus pañuelos y gritaban con éxtasis:—¡Que ejército tan brillante! con semejantes soldados se puede conquistar el mundo.—Y lo harán.—Dejadles regresar á la «belle France, y marcharán hasta Berlin y le tomarán á

la bayonette.» Yo no hice caso de su charla, pero solo deseaba estar en Berlin para encontrarles allí.

Un día después evacuaron la Ciudadela, pues la guarnición requería tiempo para destruir cuarenta cañones, junto con las municiones. Seis cañones rayados y cuatro mil granadas fueron enterradas con precaución para que los liberales más adelante las desenterrasen. Este designio fué sin embargo revelado, y cayeron en manos de los imperialistas. Puedo asegurar que Bazaine ofreció poner á México en manos del general Porfirio Díaz, pues el mismo general me lo dijo en Noviembre; pero Porfirio Díaz rehusó, agregando que esperaba tomar la ciudad él mismo.

Al día siguiente, la jente de México se alarmó de nuevo seriamente por la aparición en las calles de muchos soldados franceses. Eran, sin embargo, desertores del ejército. De esta manera el Mariscal perdió en su camino á Veracruz, nada menos de seis mil hombres, que en su mayor parte pertenecían á la lejión extranjera. El Mariscal los reclamó y el general Márquez le contestó que podía venir por ellos él mismo.

Siendo urgente deseo de Napoleón el inducir al Emperador Maximiliano á que abdicase y volviese á Europa, el Mariscal hizo todo lo posible para obligarlo á ello, ayudando á los liberales. No solamente les entregó muchas ciudades y armas, sino que puso cuantos impedimentos le fueron posibles para la organización de un nuevo ejército, en el cual fué ayudado por los ministros de Austria y Bélgica.

Se hallaba el Emperador, después de la partida de los franceses, en una posición sumamente precaria; pero Márquez hizo todo lo posible para hacer valer su palabra á lo menos hasta el punto de esforzarse hasta lo último en



la organizacion de nuevas tropas, mientras el padre Fischer emitia palabras consoladoras al oido de Maximiliano, y el gabinete prometia doradas imposibilidades.

En cuanto á los planes del Emperador nada se sabia; pero en la noche del 12 de Febrero corrió la noticia en México, que se pondria á la cabeza de todas las tropas disponibles y saldria á la mañana siguiente á juntarse con Miramon en Querétaro, adonde igualmente se esperaba que los jenerales Castillo y Méndez estarían. Con todas estas tropas unidas era su objeto tratar de evitar la concentracion del enemigo en el Norte, y su avance sobre México.

Tan pronto como supe esto, fuí á ver al baron Magnus, el que confirmó la noticia; le suplique que sostuviera mi solicitud de que se me permitiera acompañar al Emperador. Estaba dispuesto á ello, pero no lo logró. Mi solicitud fué rehusada, pues el Emperador habia prometido dejar á todo extranjero atrás y depender exclusivamente de sus súbditos mexicanos. Márquez y sus camaradas temian la influencia de los alemanes sobre el Emperador, y aun tal vez sus conocimientos superiores en la ciencia de la guerra.

Cuando la mañana siguiente fuí despertado por el ruido en la calle demasiado conocido de la marcha de las tropas, salí, y pronto me convencí que en realidad se habia dejado atrás á todos los extranjeros—hasta la única batería rayada que poseia el ejército.

El Emperador se unió á sus tropas fuera de la garita á las seis de la mañana, y comenzó su marcha á Querétaro. En camino á su próxima jornada (el 27 de Febrero de 1867) fué atacado por las guerrillas de Frago, quienes no obstante fueron pronto derrotadas.

Me parecia en contra aún de lo natural el que no acom-

pañase yo al Emperador en su espedicion, y estaba sumamente triste. Tan temprano como era conveniente, fuí otra vez á ver al baron Magnus esperando encontrar algun consuelo.

En esta ocasion no fuí chasqueado. El ministro me dijo que el jeneral D. Santiago Vidaurri debia reunirse al Emperador en el lugar de su primera jornada (Cuautitlan) y que tal vez consentiria en llevarme consigo. Por consiguiente, me apresuré á ver al jeneral, el que me prometió agregarme á su Estado Mayor, si podia procurar una autorizacion con ese fin, del Ministro de la Guerra.

Con esta contestacion volví al baron Magnus, quien mandó que me llevase su coche á ver al ministro. Pero el cochero desgraciadamente dió con la rueda contra un poste, y rompió la lanza. No hicimos caso alguno de este mal agüero y continuamos nuestro camino á pié. El ministro de la Guerra dió la orden requerida con mas prontitud de lo que esperábamos, y á la una de la tarde me presenté en la casa del jeneral.

El jeneral D. Santiago Vidaurri era un hombre alto y delgado, como de sesenta años, que en nada parecia mexicano, pero que se asemejaba, tanto en su apariencia externa como en sus modales, á un norte-americano. En mi opinion, era el hombre mas notable de todo México, sin exceptuar á Juárez mismo. Por muchos años habia sido uno de los jefes principales del partido liberal y frecuentemente se habia batido contra Márquez y Miramon. En aquel tiempo era gobernador del Estado de Nuevo-Leon, y el orden de su Estado era la admiracion de todo México. El correo iba con toda regularidad allí, y aún hasta dinero se podia enviar con seguridad sin escolta alguna.



El jeneral Vidaurri estaba disgustado con el Estado de anarquía en México, á la que no veía probabilidad alguna de que terminase. Tenia además dificultades personales con Juarez, y se pronunció en favor del Emperador Maximiliano, de quien esperaba lo que á él le parecia la cosa mas esencial, la restauracion de un gobierno formal. Como él era hombre muy prominente y muy popular, el haberse pasado con el partido imperial tuvo gran influencia en los habitantes de su Estado, y muchos hombres y oficiales respetables siguieron su ejemplo. Como no se pronunció por el partido clerical, y permaneció siempre liberal, los partidarios de Márquez tal vez desconfiaron de él y le mantuvieron lejos del Emperador. Sin embargo, un hombre de su influencia y talento no podia ser echado en el olvido y pocos dias antes de que saliese el Emperador, mandó llamar á Vidaurri. Debía acompañar al Emperador á Querétaro, para que de allí se fuese rumbo al Norte adonde era tan bien y tan favorablemente conocido, para organizar allí los Estados política y militarmente, y para cuya empresa hombre mas á propósito no se podia encontrar en ninguna parte.

El jeneral era igualmente un excelente sugeto, y especialmente bondadoso y amable conmigo, lo que al principio causó algun celo entre sus compañeros, quienes me miraban con frialdad. Debo hacer una escepcion en favor de un robusto capitán alemán, llamado Willman, que por mas de veinte años habia sido el ayudante, ó por mejor decir, «el todo,» del jeneral. Le he visto aún dar bola á las botas de este. Habia sido antiguamente relojero y me imagino, que era de Suabia: el malísimo alemán, en el que conversaba conmigo, tenia al menos un acento muy fuerte de Sua-

bia. Era un bueno y bastante activo compañero, que hacia todo lo que podia para servirme y asistirme. Siempre estábamos con el jeneral el coronel D. Indalecio Vidaurri, hijo suyo, yo, y el factotum capitán.

El jeneral debía ser escoltado por un destacamento de los húsares de Khevenhüller, mandado por el capitán Echeagaray, y los tenientes Pacolouskiy Koehlig; y un destacamento de caballeros de la frontera, la mayor parte de ellos hombres que habian acompañado á Vidaurri desde el Norte.

Debíamos dejar México á la una de la tarde, pero se demoró nuestra marcha hasta las cinco, por no poder haberse hecho el ánimo el ministro de la Guerra de deshacerse del dinero que debia llevar Vidaurri al Emperador. Ayudante tras de ayudante habia sido mandado por él: al fin le trajeron á las cuatro y media.

Para persuadir al Emperador de que se quedase, los ministros habian sido aun mas extravagantes en sus promesas que Márquez, Miramon y el padre Fischer.

Prometían montañas de oro y pusieron ante el Emperador unas representaciones financieras ficticias, que le deslumbraron, y que él creyó eran ciertas; no siendo gran financiero. Sin embargo, todo el dinero que pudieron conseguir los ministros al Emperador para su campaña fueron unos 50,000 miserables pesos.

El jeneral Vidaurri fué en un coche hasta la garita, á donde montó su caballo. Fué recibido con grandes aclamaciones por un gran jentío en las calles, que demostraba la popularidad de este hombre distinguido. En nuestra marcha fuimos tambien atacados por las guerrillas, pero los húsares las hicieron con huir sable en mano.



Cuando llegamos á Cuautitlan, despues de media noche encontramos todos los alojamientos ocupados por las tropas, y todas las provisiones consumidas por ellas. Me acampé en el gran patio de una hacienda con los oficiales alemanes de húsares, y nos vimos obligados á conformarnos con una cena de bizcochitos duros y agua fria.

A las seis de la mañana del dia siguiente, las tropas estaban listas para marchar. Cuando me vió el jeneral Vidaurri, me extrañó de una manera amistosa, por no haber participado de su alojamiento, lo cual no habia hecho por temor de importunarle.

El Emperador fué recibido por las tropas con grande entusiasmo. Montó en un hermosísimo caballo pinto, con silla y cabezadas mexicanas; llevaba una casaca de jeneral sin charreteras, pantalon oscuro y unas botas que le llegaban hasta las rodillas; sombrero anchomexicano. Estaba armado de espada, y dos revolvers en la silla. Tenia siempre en su mano un telescopio de campaña muy simple; (el que mas tarde me dió como un recuerdo) y con el cual con suma preferencia, escudriñaba el país que tenia á su vista.

Al correr el Emperador la línea, el jeneral Vidaurri y yo nos hallábamos en la ala derecha. Al acercarse á nosotros le dió la mano á Vidaurri, y al verme á mí se sonrió, y exclamó:

—Salm, cómo vino vd. aquí?

—Vuestra Majestad, no me quizo traer consigo—le contesté—y como no me quise quedar de ocioso en México, le supliqué al jeneral Vidaurri me trajera con él.

El Emperador advirtió:—Ya sabe vd. las razones por las cuales rehusé su pedido; sin embargo me alegro mu-

cho de ver á vd. aquí. Con esto me cerró la mano de un modo muy amistoso, y siguió adelante.

Nuestra marcha nos trajo primero á Tepeji, y por la primera vez tuve la oportunidad de admirar el órden mexicano de marchar. Los intervalos entre las diferentes tropas eran muy grandes, y se hacian aún mas grandes por su pesadísima y mal tirada artillería, que las obligaba á detenerse á cada momento. Si hubiéramos tenido ante nosotros á un enemigo europeo, esta circunstancia podia haber llegado á ser fatal, tanto mas cuanto que nuestros flancos no se hallaban cubiertos de otra manera, sino con un ejército de mujeres y criaturas, que siguen á todo ejército mexicano, y quienes ademas estan escoltados por una bandada de perros cobardes, horribles y de mala ralea.

Hasta qué punto se puede depender de un ejército mexicano, se infiere de la circunstancia de que los soldados están todo el dia cuidadosamente vijilados por sus oficiales, y siempre encerrados durante la noche en las haciendas, para evitar que se deserten.

El Emperador iba acompañado del jeneral Márquez, su cuartel-maestre jeneral, con su propio estado mayor, que se componia de jente sin ninguna capacidad ó habilidad. La única escepcion era el mayor Guillermo Von Montlong, quien antiguamente habia servido en el cuerpo austriaco y llegó á ser oficial del gabinete del Emperador, y tenia que servir de ayuda al secretario del gabinete.

El jefe del estado mayor del jeneral Márquez, era el mayor Waldemar Von Becker, antiguamente oficial ruso, y á quien Márquez habia encontrado en alguna parte en Europa, y que habia estado servicio español y en la guerra de Márruecos. Era hombre intelijente y agradable,



pero en cuanto á sus conocimientos militares, muy poco puede decirse. No son dignos de mencionarse los oficiales mexicanos en el estado mayor de Márquez.

Con el jeneral Márquez tambien estaba el coronel D. Miguel López, que fué á Querétaro á reasumir el mando de su regimiento de la Emperatriz, que habia sido trasladado á esa ciudad.

Lopez quien á causa de su negra traicion ha dado su infame nombre pasa siempre á la Picota, es hombre largo y corpulento, de unos treinta años, y no parece mejicano. Su redonda cabeza está cubierta con pelo rubio algo ralo en el centro, y puesto de tal modo que cubre todas las imperfecciones por medio de un mechón de pelo de uno de los lados; su bigote y corta perilla igualmente rubios. Parecia muy bien con su chaqueta encarnada de húsar, adornada de negro, y tanto más cuanto sus modales eran caballerescos y elegantes. Además de portar varias órdenes mexicanas, estaba condecorado con la Cruz de oficial de la Legion de Honor. Siempre estaba perfectamente bien montado en caballos americanos, y toda su apariencia hacia una impresion favorable.

El Emperador estaba igualmente acompañado por un miembro de su gabinete, D. Manuel Garcia Aguirre, Ministro de Gobernacion. Es un caballero de apariencia aristócrata excelente y honrado, y era un verdadero y fiel amigo del Emperador. Sumamente religioso, y cuando mas tarde estuvo conmigo en la prision, siempre ayudaba la misa.

Los ayudantes del Emperador eran el coronel D. Pedro Ormaechea, sobrino del obispo Ormaechea de Tulancingo, y el teniente coronel D. Agustin Pradillo. El capellan de

cuartel general, D. Luis G. Aguirre; el médico del Emperador, doctor D. S. Basch; y su secretario particular, D. Luis Blasio. Además de esos señores, el Emperador tenia consigo un cocinero húngaro y cuatro criados mexicanos.

Se habia dicho que el monto total de las tropas que acompañaban al Emperador era de diez mil hombres; y me encontré sumamente chasqueado al observar que solo tenia mil seiscientos hombres y diez y ocho cañones.

Estaba compuesto este pequeño ejército de destacamentos de once cuerpos diferentes. Las mejores tropas entre ellos eran las Guardias Municipales de la ciudad y Valle de México, á pié y á caballo; los Exploradores del Valle de México y el pequeño destacamento del rejimiento Khevenhüller. Mandaba todas las Guardias Municipales el coronel D. Antonio Diaz, y los de á pié el teniente coronel D. Joaquin Rodriguez, el soldado mas valiente que jamas he visto. A los exploradores los mandaba un español, el capitan D. Antonio Gonzalez. Estos y los Guardias Municipales formaron durante toda la marcha á Querétaro, nuestra vanguardia, y con ellos siempre estaban el Emperador y el jeneral Márquez. La mitad de las tropas eran reclutas mexicanos inespertos, que se inclinaban mas bien á ganar su vida desertándose, que peleando.

El dia 14 de Febrero marchamos á Tepeji del Rio y el 15 á San Francisco Soyaniquilpam, y de allí el 16 á Arroyozarco. A las siete de la mañana, á media legua de San Miguel Calpulalpam, fuimos á dar con las avanzadas del enemigo, quienes presto se retiraron á un desfiladero al otro lado del pueblo, posicion sumamente fuerte, que no habria podido ser forzada por nosotros, si hubiera sido defendida por un enemigo mejor.



Nuestras tropas hicieron alto para almorzar en el pueblo, bajo las precauciones de costumbre, y despues de una hora de descanso, el Emperador se puso á la cabeza y nos condujo al ataque.

Despues de una pelea ligera pero viva, la Guardia Municipal de á pié se lanzó á tomar las alturas á la derecha, bajo las órdenes del valiente Rodriguez, mientras tanto nuestra artillería hacia fuego con granadas contra un cerro cónico á su izquierda, el cual no podiamos atacar de otra manera por falta de tropas. Aunque este fuego de la artillería algo contuvo al enemigo, no evitó el que hiciera sobre nuestras fuerzas que atacaban, causándonos algunas pérdidas entre ellas. Sin embargo, Rodriguez tomó las alturas y el desfiladero despues de una pelea que habia durado una hora.

El Emperador siempre se hallaba en medio del combate, y se distinguia por su sangre fria. Estaba yo cerca de Su Majestad, cuando oí á alguno que lloraba; dí una mirada, y ví que procedia del pobre cocinero húngaro. Una bala fria de las alturas le pasó por entre el labio superior y le tiró algunos dientes. Los dientes han de haber sido fuertes pues se le quedó la bala en la boca, y el cocinero, á quien no gustaba el sabor del plomo, la escupió con todo y dientes. A consecuencia de esto sus facultades se descompusieron por algun tiempo.

Cuando hubimos pasado el desfiladero conquistado, nuestro flanco izquierdo fué atacado por unas guerrillas que se presentaron en los llanos. El destacamento de los Exploradores y otro del 9 de caballería, bajo el mando del mayor Malburg avanzaron para arrojarlos, y yo tomé parte en el ataque. Uno de los del enemigo á quien perseguí,

saltó una muralla de piedra, cayendo del otro lado con el caballo. Salté tras él la cerca inmediatamente, para hacerle prisionero, pero se levantó y me apuntó con su carabina á tres pasos de distancia; solo tuve tiempo para hacerle fuego y le envié una bala á la cabeza, que le entró por el ojo derecho. Aunque cayó muerto boca abajo, los soldados que me habian acompañado le metieron sus lanzas y le dieron de balazos en el cuerpo, acorde con la mala costumbre mexicana.

El enemigo se retiró y no nos volvió á molestar de nuevo en nuestra marcha á Querétaro. Habiamos tomado un número de prisioneros á quienes el general Márquez queria fusilar en el acto, pero el Emperador lo prohibió. Corrió la voz, sin embargo, de que Márquez les habia fusilado en secreto durante la noche, y esto está en consonancia con su carácter.

A la mañana siguiente salimos á las seis de Arroyozarco á San Juan del Rio, y de allí al Colorado, que solo dista cuatro leguas de Querétaro.

Durante la marcha me llamó el Emperador con frecuencia á su lado y conversó por algunas horas conmigo. Habló tocante al estado general de las cosas, de sus esperanzas y miras, y me hizo algunas comunicaciones confidenciales.

Durante estas horas pasadas al lado del Emperador tuve buenísima oportunidad de observar á Márquez, quien generalmente marchaba solo, absorto en pensamientos, que no podian haber sido de un carácter inocente ó agradable, puesto que su semblante tenia una espresion hastante siniestra.

Cuando el Emperador queria hablarle, Márquez generalmente no oia sino hasta la segunda ó tercera llamada, y



entonces parecia como una persona que acaba de despertar de un sueño. Su cara se demudaba al momento con una expresion de benevolencia desagradable y exajerada, y se acercaba al Emperador como un perro zalamero.

## OCUPACION DE QUERETARO.

**L**EGAMOS frente á Querétaro el 19 de Febrero, á las diez de la mañana. Esta ciudad siempre habia sido muy amiga á la causa del Emperador, y la noticia de su llegada produjo entre sus habitantes una escitacion sumamente agradable. Viejos y jóvenes, hombres y muchachos, salieron á encontrarle á la Cuesta China, cerro bastante elevado al Sur de la Ciudad, y á cosa de 800 métrros de la casa del peaje de la garita de México. El Emperador y su pequeño ejército fueron aclamados por la gente con un entusiasmo que sentian en el alma.

La guarnicion marchó entre la Cuesta China y la garita, y á su cabeza iban los generales Miramon, Escobar, el prefecto de la ciudad, Mejía, Castillo, Arellano, Valdez y Casanova y un gran número de otros oficiales. Miramon y Escobar saludaron al Emperador con un discurso adecuado, y él contestó de la misma manera.

Terminado esto, el Emperador entró á la ciudad, que estaba adornada con banderas y otras cosas y se dirigió al